

## JUAN CARLOS GARAVAGLIA, HASTA SIEMPRE

Raúl Fradkin y Jorge Gelman

**N**os resulta muy difícil escribir esta crónica del final de un gran historiador, que fue para nosotros, además de un gran amigo, un auténtico maestro de esos que dejan huellas imborrables.

Juan Carlos falleció el pasado domingo 15 de enero de 2017, en el hospital La Pitié Salpêtrière de París, apenas unos dos meses después de que le diagnosticaran una enfermedad incurable de la que nadie sospechaba.

Había nacido en 1944 en Pasto, Colombia, de manera algo casual durante uno de los tantos viajes de trabajo que realizaban por entonces sus padres. Pero Juan Carlos era un porteño de ley, por más que despotricara muchas veces contra esa Buenos Aires y esa Argentina a las que amaba pero que le causaban tanto dolor. Sólo escucharlo hablar y se notaba esa mezcla de porteño con cierto tono popular, que asimiló en su infancia en el barrio de Barracas –y que imaginamos reforzó durante su militancia montonera–, con una cultura muy amplia y refinada forjada, en buena medida, en el Nacional Buenos Aires, ese colegio público maravilloso que supo sostener la Universidad de Buenos Aires, y en esa misma Universidad, en su Facultad de Filosofía y Letras, donde se formó como historiador. Eso se notaba, por ejemplo, en su vasto conocimiento del latín y en la búsqueda permanente de la etimología de las palabras, quizás uno de los signos más distintivos de los egresados de ‘el Colegio’.

Juan Carlos era, ante todo, un apasionado; apasionado de la vida, del género humano y de la historia. Esa pasión lo llevó a ser expulsado o a irse de varios lugares (entre los cuales el Colegio, hacia el final de su adolescencia, lo que lo obligaría a terminar sus estudios secundarios en el Mariano Moreno, o del país cuando se abatía la noche más oscura que comenzó el 24 de marzo de 1976) y a ser querido por muchos. Por esa pasión militó, a riesgo de su vida, cuando creyó que era posible y perentorio cambiar el mundo. Y con esa misma pasión se dedicó más tarde a tratar de mejorar las instituciones por las que pasó y a las que muchas veces construyó para servir a lo que terminó siendo quizás una de sus mayores pasiones en la vida, la investigación histórica. Juan Carlos fue un fiel exponente de lo mejor de una generación que irrumpió en la escena argentina y latinoamericana con la firme convicción de que debía y podía cambiar el rumbo de su historia. Puso el cuerpo y el alma en esa tarea imperiosa como lo demostró tanto en su militancia política como en sus primeros trabajos como historiador y en su desempeño docente, primero en la Universidad de Buenos Aires y luego en la

Universidad Nacional del Sur, en Bahía Blanca. Sin ese contexto y sin ese compromiso, sería imposible comprender cómo Juan Carlos fue encontrando y definiendo una manera de afrontar otro desafío que también le resultaba imperioso: desarrollar un nuevo modo de hacer historia.

Para Juan Carlos hacer historia no era simplemente ‘un trabajo’ –como alguna vez le dijo un colega con quien él discutía apasionadamente sobre un tema que podía parecer muy alejado del presente–. Para él discutir sobre un tema histórico –esa vez era sobre los diezmos que pagaba la población rural de Buenos Aires en el siglo XVIII y el tipo de economía agraria que ponían en evidencia– era tan importante como discutir sobre la política actual. Porque la investigación que realizaba siempre buscaba la verdad –un objetivo tan imposible como necesario para quienes hacemos este ‘trabajo’–, y así ayudar a comprender los fenómenos sociales que hicieron de esta sociedad, o de cualquier otra sobre las que trabajó, lo que hoy es. La historia no era para él –y no lo es para muchos de nosotros– simplemente un trabajo, sino una forma de conocer las sociedades en su largo desarrollo y así poder posicionarnos y ayudar a otros a posicionarse en el presente, para actuar y cambiarlo.

Comenzó a estudiar la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1966, después de abandonar la de Derecho, que cursó primero en la Universidad Nacional de La Plata y luego en la de Buenos Aires. Como él mismo ha relatado en un libro autobiográfico que escribió con tanto dolor como generosidad, la decisión la tomó en el verano de ese año tras asistir a algunas clases de José Luis Romero y Tulio Halperín Donghi en esa Facultad. Había advertido que quería ser historiador y fue el cursado en la cátedra de Historia Social General la que dejó en él –y en muchos otros de su generación– una marca indeleble pero asumida desde un comienzo a su propio modo: si las clases de Halperin lo fascinaron, lo cierto es –rememoró– que “Yo salía de allí con el convencimiento de que era eso lo que yo quería para mí, ni más ni menos. Pero que lo quería refiriéndolo al pasado de la Argentina y América Latina”.<sup>1</sup> Mientras tanto, trabajaba en la legendaria librería y editorial ‘Jorge Álvarez’, un ámbito de notable intensidad y debate político y cultural. Y aunque la Facultad se convirtió en un ‘cementerio cultural’ tras el golpe militar de 1966, siguió estudiando la carrera.

¿Pero cuándo comenzó su actuación como docente? Sus recuerdos nos lo muestran en plena dictadura militar de Onganía dando charlas en sindicatos y escuelas de formación profesional y de adultos y también en la cárcel de Ezeiza durante una breve detención de 1968, producida con motivo de la manifestación convocada por la CGT de los Argentinos contra ese gobierno.

Juan Carlos cursó la carrera aceleradamente: aún no había terminado su tesis de licenciatura –se graduó en 1970– cuando comenzó a trabajar como ayudante de segunda *ad honorem* en la cátedra de Pérez Amuchástegui de Introducción a la Historia, junto a otros compañeros de estudios que después serían importantes historiadores. Uno

---

1 J.C. Garavaglia, 2015. *Una juventud en los años sesenta*. Buenos Aires: Prometeo, p. 119.

de ellos era Juan Carlos Grosso, “ese hermano que reemplazó al que nunca tuve”, como lo definió con cariño y precisión. La experiencia de esos dos años sería tan conflictiva como imborrable para él y culminó tras el abierto enfrentamiento entre un grupo de ayudantes que integraba y parte de los estudiantes con el resto de la cátedra, resuelto mediante la intervención de la policía, una nueva detención y una ‘estadía’ en la cárcel de Devoto, previo paso por algunas comisarías. Con todo, Juan Carlos recordaría más de una vez esa experiencia compartida de la cual sacó también algún provecho: ella contribuyó a radicalizarlo aún más mientras pudo hacer allí algunas lecturas, como una historia de la policía de la cual haría buen uso muchos años después.

Juan Carlos ya no sería docente de la Facultad en la que se había graduado. Pero, en ese hervidero que era la Argentina en las postrimerías de esa dictadura, la militancia política no impidió que, al mismo tiempo (¡váyase a saber cómo hacía!), emprendiera las investigaciones que lo consagrarían inicialmente en el ámbito historiográfico. A poco de incorporarse a la Facultad, ya en 1967, había comenzado a incursionar en un espacio que quería, frecuentaba y conocía como pocos: el Archivo General de la Nación. Durante medio siglo fue un habitué del AGN y sólo los años de la dictadura impidieron que lo explorara... Resistimos la tentación de narrar las mil y una anécdotas que Juan Carlos nos ha contado sobre sus experiencias en el AGN: sería mejor que las relataran sus empleados que tanto lo conocieron. Al mismo tiempo, combinaba el trabajo editorial y la militancia política, y ambos marcaron su vida. Fue en ese contexto que produjo sus primeras publicaciones: por ejemplo, una reseña de un libro de León Pomer sobre la guerra contra el Paraguay en el número 5 de la revista *Los libros* en 1969, por entonces dirigida por Héctor Schmucler, o su incorporación al variopinto elenco de colaboradores que escribieron en *Polémica. Primera historia argentina integral*, la también legendaria colección de fascículos que el Centro Editor de América Latina publicó en Buenos Aires en 1970 bajo la dirección de Haydeé Gorostegui de Torres y donde Juan Carlos publicó, en su número 5, “Comercio colonial: expansión y crisis” y, en el número 29 de su continuación (*Documentos de Polémica*), “Reducciones y pueblos de indios”. De este modo, ya tenía trazadas dos líneas de investigación que ocuparían su atención en los años siguientes. Y así, tras su paso por la cárcel de Devoto, se dedicó no sólo a volcar todas sus energías en la empresa editorial en la que estaba embarcado y en la militancia política (dos modos distintos de afrontar la misma tarea) sino también a preparar la colección de ensayos sobre los modos de producción en América Latina y la ponencia que iba a presentar en el Congreso Americanista de Roma de 1972 por invitación de Halperin Donghi.

La formación de Juan Carlos como historiador fue factible por el clima político y cultural en que vivía y que lo empujó a afrontar junto a muchos otros una apertura teórica que habilitara la renovación del marxismo y del conjunto del pensamiento crítico latinoamericano. Su contribución, en este sentido, es ineludible y se manifestó en su desempeño como editor, primero al fundar junto a Enrique Tandeter la editorial Signos y luego mediante su fusión en Siglo XXI de Argentina, desde donde se difundieron

escritos y ensayos de enorme variedad e impacto. Pero también desde sus primeras publicaciones.

Al respecto, hay dos contribuciones que no pueden ser soslayadas. Por un lado, en 1973 escribió el prólogo al nº 40 de los *Cuadernos de Pasado y Presente*, ese Cuaderno que alcanzó enorme repercusión –sólo en seis años tuvo siete reediciones– y desde el cual se afrontó la tarea de explorar creativa e imaginativamente un tema por entonces ineludible, la naturaleza de los modos de producción en América Latina, como modo de encontrar las claves del atraso relativo de la región y definir así las tareas necesarias para superarlo. Y fue también en ese Cuaderno que incluyó una jugosa contribución: “Un modo de producción subsidiario: la organización económica de las comunidades guaranizadas durante los siglos XVII-XVIII en la formación regional altoperuana-rioplatense”, junto a los de otros autores ya renombrados, como Carlos Sempat Assadourian, Ciro Flamarion Santana Cardoso, Horacio Cifardini y Ernesto Laclau.<sup>2</sup> Por otro lado, mientras tanto, no sólo se interesaba por la práctica teórica sino que emprendía su apasionada y nunca abandonada incursión en los archivos cuyo resultado sería un artículo publicado en 1975: “Las actividades agropecuarias en el marco de la vida económica del pueblo de indios de Nuestra Señora de los Santos Reyes Magos de Yapeyú, 1768-1806”. Este texto, que nos muestra un joven Juan Carlos plenamente inmerso en el ambiente más renovador de las Ciencias Sociales latinoamericanas de entonces, fue incluido en otro volumen también famoso: el que compiló Enrique Florescano y que llevó por título *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, editado en México por Siglo XXI. Fue en ese voluminoso libro, que ofrecía el panorama más completo para entonces sobre las grandes propiedades agrarias en la historia latinoamericana, que dos argentinos –Tulio Halperin Donghi y Juan Carlos– presentaron los primeros y pioneros análisis sistemáticos sobre las estancias rioplatenses. Al observar hoy esas señeras publicaciones, se advierte la singularidad de su contribución: Juan Carlos decidió intervenir en la discusión teórica más amplia abordando un tema clásico de la historiografía argentina pero poniendo su atención en un espacio regional aparentemente marginal, el área guaraní-misionera y el conjunto del Paraguay colonial.

No era, por cierto, la señalada una decisión habitual y ella marcaría decididamente su trayectoria posterior. Y no resulta aventurado subrayar que, en ese tiempo, se fueron definiendo varios de los rasgos perdurables de la tarea de Juan Carlos como historiador: 1) la apertura y la creatividad teórica y metodológica; 2) la solidez empírica y documental para sostener su argumentación; 3) la convicción de que la historiografía argentina sólo podría renovarse efectivamente si abandonaba su encierro nacional y se inscribía en las corrientes más renovadoras del pensamiento y la historiografía internacional; y 4) que los argentinos –y sobre todo sus historiadores– sólo lograrían comprender su historia si asumían una perspectiva latinoamericana para estudiarla.

---

2 J. C. Garavaglia, 1973. Modos de Producción en América Latina, *Cuadernos de Pasado y Presente*, nº 40. Buenos Aires: Siglo XXI. (Novena edición, 1982, México).

Esos rasgos, ya evidentes en sus primeros trabajos, siguieron signando con nuevos y creativos modos toda su trayectoria intelectual posterior.

Fue 1973, entonces, para Juan Carlos, para su generación y para la Argentina toda un momento de inflexión. Y dada su condición de militante, docente e historiador, a fines de mayo de ese año se radicó en Bahía Blanca y empezó a trabajar / militar en la Universidad Nacional del Sur como interventor del Instituto de Humanidades y como profesor, aunque la militancia fuera de la Universidad era claramente lo que más le importara. Si bien breve –fue como muchos otros expulsado de la Universidad a comienzos de 1975–, esa experiencia lo marcaría a fuego y remitimos a sus memorias para poder comprenderlo en plenitud. Pero no quisiéramos pasar por alto que, cuando se produjo su expulsión, estaba preparando un curso sobre la historia comparada de América Latina en el siglo XIX, una problemática que nunca más abandonaría.

Desde muy joven, entonces, realizó investigaciones que cambiaron –en muchos casos radicalmente– las formas que teníamos de comprender la historia latinoamericana. Porque Juan Carlos fue uno de nuestros pocos y mejores historiadores latinoamericanistas y, sin duda, ello definió su lugar singular dentro del campo historiográfico argentino.

No pretendemos ni podríamos aquí resumir todos los aportes fundamentales que Juan Carlos Garavaglia hizo a la historia argentina y latinoamericana, especialmente –pero no únicamente– a su historia agraria y económica en general. Sin duda, sus contribuciones más significativas fueron sobre el período colonial y las décadas que siguen a las revoluciones de inicios del siglo XIX, aunque en los últimos años estaba abocado a estudiar a fondo el proceso de construcción del estado en la Argentina en esos años decisivos que corren entre la caída de Juan Manuel de Rosas en 1852 y la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, tan mal conocidos, en los que Buenos Aires consigue finalmente dominar a las provincias en el proceso de construcción nacional. Y como solía ser usual en sus trabajos, también para este período eligió posicionarse para entender a las provincias que resultaron perdidas en ese largo conflicto entre lo que sería la capital del nuevo país y lo que devino ‘el interior’.

Ya fuera de la Universidad argentina y de la organización revolucionaria, Juan Carlos emprendió el camino del exilio en abril de 1976 y fue en París donde retomó su formación. Allí dedicó denodados esfuerzos a la investigación que constituiría su tesis doctoral defendida en 1979 en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, bajo la dirección de Ruggiero Romano. Su tesis titulada “La production et la commercialisation de la Yerba Mate dans l'espace péruvien : XVIe-XVIIIe siècles”, que se publicaría luego en México con el título *Mercado interno y economía colonial*,<sup>3</sup> sigue siendo hoy un trabajo capital y absolutamente vigente para explicar cómo se constituyó la región del actual Paraguay, a partir de la vinculación que estableció con el resto del espacio americano por la producción de la yerba mate. Juan Carlos, por un lado, logró de-

---

3 1983. *Mercado interno y economía colonial. Tres siglos de historia de la yerba mate*. México: Enlace - Grijalbo. (Segunda edición, 2008, Rosario, Prohistoria).

mostrar la importancia y la evolución de la circulación de la yerba paraguaya en todo el espacio colonial sudamericano con un estudio sistemático del comercio y de los mercados adonde llegaba; por otro lado, le interesaba especialmente explicar cómo se habían conformado unas relaciones sociales de explotación en la propia región productora que daban sustento a ese fenomenal comercio. Ese trabajo, además de poner de manifiesto algunas de las cualidades que caracterizarían a su autor a lo largo de toda su vida, como sus preocupaciones teóricas y su absoluto y muy exigente trabajo con las fuentes que recogía en todos los archivos posibles para reconstruir su objeto de estudio, demostraba de manera fehaciente aquello que por entonces empezaba a ser un nuevo paradigma en la historiografía colonial americana: el peso de los mercados interiores para la organización social del espacio. Eso que otro gran historiador argentino exiliado en México, Carlos Sempat Assadourian, había propuesto como un modelo interpretativo clave para la comprensión del sistema de la economía colonial encontraba en el estudio de Juan Carlos Garavaglia sobre el Paraguay su primera y muy contundente constatación sistemática.

Su aventura latinoamericana no terminó allí, apenas estaba comenzando. La imposibilidad de regresar a Argentina luego de su estancia parisina y la defensa de su tesis doctoral en la EHESS lo llevaron a México, país que lo acogió con generosidad y donde llevó a cabo otro proyecto de investigación de envergadura que impactó en el medio académico local y latinoamericano. Si en su investigación sobre el Paraguay el problema central en discusión era el peso determinante del mercado interior para las economías agrarias latinoamericanas –y el ejemplo de la yerba mate aportó un ejemplo contundente al respecto–, el nuevo tema que empezaba a concentrar la atención de los especialistas versaba sobre la participación de actores diversos en esos mercados interiores, contra una tradición historiográfica que sólo asignaba ese papel a los grandes hacendados y comerciantes. Y Juan Carlos decidió que era hora de estudiar esto en serio; y cuando decía en serio, no era a través de nuevas teorías o especulaciones sino desde los archivos, enfrentando el desafío de estudiar de manera sistemática una documentación desmesurada por su tamaño y complejidad que amedrentaba a historiadores más afectos a modelos que a la historia y a los archivos. Así empezó, junto a su querido Juan Carlos Grosso –a quien tanto lloró luego de su desaparición tan temprana y trágica–, una investigación que daría frutos muy apreciados sobre las alcabalas de la Nueva España. En este trabajo los dos Juan Carlos se dedicaron con especial esmero a reconstruir los avatares de lo que parecía un modesto mercado, de una ciudad de provincias que le debe a ellos ser conocida por multitud de historiadores en el mundo, Tepeaca.<sup>4</sup> A través de una cuidadosa reconstrucción de todo el movimiento mercantil

---

4 Frutos importantes de estos trabajos son los libros J.C. Garavaglia y J.C. Grosso, 1987. *Las alcabalas novohispanas, 1776-1821*, México: Archivo General de la Nación, Dirección del Archivo Histórico Central / Banca Cremi; 1994. *Puebla desde una perspectiva microhistórica. Tepeaca y su entorno agrario: población, producción e intercambio (1740-1870)*. México: Universidad Autónoma de Puebla / UNICEN; y 1996. *La región de Puebla y la economía novohispana: las alcabalas en la Nueva España 1776-1821*. Puebla: Univer-

de esa ciudad, demostraron que en el mercado local de Tepeaca no sólo participaban grandes hacendados sino una multitud de pequeños campesinos y comunidades indígenas que vendían allí buena parte de sus excedentes, obteniendo a cambio dinero y otros bienes. Esta novedad historiográfica podía parecer poco relevante porque, claro, Tepeaca apenas tenía algunos pocos miles de habitantes, comparada con ciudades como México y allí el mercado era dominado –aunque no totalmente– por hacendados y grandes comerciantes. Pero como nos explicaba Juan Carlos, ciudades como México no había muchas por esos tiempos. Pero pequeños villorios como Tepeaca había miles. Y eso daba una perspectiva completamente diferente al conocimiento del mundo agrario americano, al funcionamiento de sus mercados y a la configuración de las sociedades locales. Como recordó en su momento Carlos Marichal, los dos Juan Carlos iniciaron juntos en 1980 una investigación de largo aliento que estaba destinada a reconstruir las bases cuantitativas del estudio de los mercados internos en el virreinato de la Nueva España en el siglo XVIII y a ese estudio pionero sumaron una impresionante cantidad de monografías sobre la historia agraria y demográfica novohispanas que se completó una vez que ambos regresaron a Argentina.<sup>5</sup>

Emprendió la siguiente etapa poco antes de regresar a Argentina, luego del fin de la dictadura, y se consolidaría ampliamente durante los años que pasó en este país, enseñando en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, en Tandil. Desde allí, como investigador del Instituto de Estudios Histórico-Sociales, organizado en 1986, se transformó en un animador de la actividad historiográfica argentina y en un activo formador de jóvenes historiadores a los que atraía tanto su solvencia profesional como la pasión y el entusiasmo que desplegaba. Ese mismo año retomó su amor por la edición y se convirtió en el primer director del *Anuario IEHS*, que rápidamente se transformó en una de las más importantes revistas de historia de la Argentina, un espacio de promoción de nuevos temas, enfoques y debates y un canal decisivo para la inserción de la historiografía argentina en el ámbito internacional. Volvió a emigrar en 1991 hacia Francia, habiendo sido designado Directeur d'Études en la misma EHESS que lo había consagrado doctor. Para entonces ya estaba metido de lleno en el estudio del agro colonial bonaerense, que se convertiría en su nueva pasión por unos cuantos años y en la que produciría obras notables y que, otra vez, impactarían fuertemente en el panorama historiográfico.

El primer trabajo importante sobre estos temas es el que publicó en 1985 en la *Hispanic American Historical Review*, donde analizaba los diezmos de toda la región rioplatense, un texto notable que ya había empezado a circular desde que lo presentara como ponencia en el Congreso Americanista de Manchester en 1982. El análisis sistemático de estas fuentes, bastante clásico en la historiografía agraria europea, no se había realizado nunca en el caso rioplatense y este primer estudio sobre los impues-

---

alidad Autónoma de Puebla. Pero ambos publicaron también numerosos artículos sobre estos temas en revistas y libros en los años previos.

5 Carlos Marichal, 1996. IN MEMORIAM Juan Carlos Grosso, *Historia Mexicana*, vol. XLVI, nº 2.

tos que los productores agrarios debían pagar para el sostenimiento de la actividad eclesiástica deparó unas sorpresas que revolucionarían pronto el mundillo académico argentino: la más significativa era que si los relatos tradicionales sostenían que en la región sólo había prosperado la ganadería vacuna para exportar los cueros y algo de sebo, el trabajo de Juan Carlos mostraba que los diezmos que pagaba la población en la región pampeana –especialmente Buenos Aires pero también Montevideo– eran mayoritariamente sobre productos agrícolas, en particular cereales, y muy secundariamente sobre ganados. No vamos a relatar los apasionados debates que esto generó y que tuvieron a Juan Carlos como decisivo protagonista. Ya se publicaron numerosos balances historiográficos sobre ello.<sup>6</sup> Sólo queremos mencionar aquí el papel relevante de sus trabajos en los inicios de esta pequeña revolución historiográfica, que rindió frutos muy ricos, que cambió significativamente lo que sabemos hoy sobre el agro rioplatense colonial y que obligó también a una revisión profunda de la historia agraria de la misma región en el siglo XIX, cuando se consolidó un modelo distinto, ahora sí de corte agro-exportador.<sup>7</sup> Antes de eso, su ‘regreso’ intelectual al espacio rioplatense y al nunca abandonado interés por el guaraní-misionero tomó forma en un nuevo e influyente libro que reunía varios de sus estudios más recientes.<sup>8</sup> De esta manera, si los estudios de Garavaglia y Grosso abrieron una senda pionera y decisiva para el desarrollo posterior de la potente historia de los mercados, la fiscalidad y la demografía colonial, sus análisis sobre los mercados, la población y la producción rioplatenses no pueden dejar de considerarse una nueva fase de la historiografía. Esgrimiendo una escritura tan polémica como un enfoque metodológicamente sofisticado, se dedicó a examinar la historia rural pampeana de un modo tan innovador que vino no sólo a cambiar completamente el conocimiento historiográfico sobre ella sino a erosionar las convenciones más firmemente inscriptas en el imaginario nacional argentino. Historiador sólido y editor con experiencia, sabía Juan Carlos conmovér a su público y atraerlo hacia los temas y los problemas que lo apasionaban generando fructíferas polémicas.

6 J. C. Garavaglia y J. Gelman, 1995. Rural history of the Rio de la Plata, 1600-1850: results of a historiographical renaissance, *Latin American Research Review*, 30: 3, pp. 75-105; y R. Fradkin, 2006. Caminos abiertos en la Pampa. Dos décadas de renovación de la historia rural rioplatense desde mediados del siglo XVIII a mediados del XIX, en J. Gelman (comp.), *La historia económica argentina en la encrucijada*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 189-207.

7 Su libro más importante de esta etapa es: 1999. *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense, 1700-1830*. Buenos Aires: IEHS - Ediciones de la Flor y Universidad Pablo Olavide (la versión en francés *Les hommes de la Pampa. Une histoire agraire de la Campagne de Buenos Aires, 1700-1830* fue publicada en París por la EHESS al año siguiente), pero son incontables los trabajos, artículos y capítulos que escribió sobre los más diversos temas de la historia agraria colonial y postcolonial. Una de sus aportaciones más recientes y notables en este campo es el estudio monumental sobre San Antonio de Areco (2009. *San Antonio de Areco, 1680-1880. Un pueblo de la campaña, del antiguo régimen a la modernidad argentina*. Rosario: Prohistoria), donde además atraviesa otro Rubicón académico escribiendo una historia que parte del corazón del período colonial para alcanzar 1880, mostrando no sólo los cambios sino también todas las continuidades observables en lo que se supone el inicio de la ‘modernidad’ argentina.

8 1987. *Economía, sociedad y regiones*. Buenos Aires: Editorial de la Flor.



Bien lo demuestra su artículo en el primer número del *Anuario IEHS* (“Los textiles de la tierra en el contexto colonial rioplatense: ¿una revolución industrial fallida?”) y sobre todo en el segundo número publicado al año siguiente: “¿Existieron los gauchos?” se tituló provocadoramente su intervención en esta ya legendaria polémica que, en ese volumen, entablaron con Carlos Mayo, Samuel Amaral y Jorge Gelman.

Junto a los productos más maduros de esta etapa de sus trabajos, Juan Carlos comenzó una serie de estudios sobre el proceso revolucionario y las décadas posteriores, donde ponía de relieve una serie de cuestiones fundamentales sobre los procesos políticos, sociales y culturales que estaban sucediendo y que en parte fueron recogidos en algunos libros suyos como *Poder, conflicto y relaciones sociales. El Río de la Plata, XVIII-XIX* (1999. Rosario: Homo Sapiens) y *Construir el estado, inventar la nación: El Río de la Plata, siglos XVIII-XIX* (2007. Buenos Aires: Prometeo), apenas una pequeña muestra de todo lo que aportó al conocimiento de la sociedad rioplatense de la época. Es necesario destacar que el territorio de investigación de Juan Carlos, en el caso argentino, no se limitaba de ninguna manera a Buenos Aires, a la que es verdad que dedicó sus mayores esfuerzos, sino que produjo algunas investigaciones importantes sobre diversas partes del territorio argentino con la misma solidez, originalidad y respeto que en aquel caso. Así le debemos algunas páginas notables sobre los campesinos santiagueños, sobre las tejedoras y los textiles de San Luis o sobre el comercio y la producción agraria mendocina.

Al fin, Juan Carlos, ya jubilado de la EHESS, se radicó en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, como investigador del ICREA. Desde allí consiguió un importante subsidio del European Research Council, para desarrollar un proyecto muy ambicioso por más de cinco años denominado State Building in Latin America. Pero el calificativo no debiera leerse como una crítica: de alguna manera, Juan Carlos estaba empleando el prestigio internacional acumulado para conformar un espacio de formación de jóvenes historiadores latinoamericanos y dotarlos no sólo de saberes académicos sino del conocimiento del propio espacio e historia compartidos, y al mismo tiempo para contribuir al desarrollo de estudios innovadores en otra institución. Pese al tiempo acotado, los resultados fueron notables y acordes a la envergadura del proyecto: un examen detenido de los procesos de construcción estatal en varios países de América Latina durante el siglo XIX, una impresionante recopilación de fuentes documentales puesta a disposición de nuevas investigaciones y la formación de jóvenes historiadores reclutados en esos países que abordaron cada uno una parte de ese estudio en forma colaborativa. Ello trajo consigo, por lo pronto, un libro de su propia autoría que sería central a la hora de revisar el proceso formativo del estado argentino y para descenrarlo del caso bonaerense: *La disputa por la construcción nacional argentina. Buenos Aires, la Confederación y las provincias (1850-1865)* (2015. Buenos Aires: Prometeo). Al mismo tiempo, impulsó, junto a otros colegas vinculados al proyecto, una serie de compilaciones: junto a Claudia Contente, *Configuraciones estatales, regiones y sociedades locales: América Latina, siglos XIX-XX* (2011. Barcelona: Ediciones Bellaterra); con

Pierre Gautreau, *Mensurar la tierra, controlar el territorio. América latina, siglos XVIII-XIX* (2011. Rosario: Prohistoria ediciones - State Building in Latin America); con Juan Pro y Eduardo Zimmermann, *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado en América Latina, siglo XIX* (2012. Rosario: Prohistoria - State Building in Latin America); y también con Juan Pro Ruiz, *Latin American Bureaucracy and the State Building Process (1780–1860)* (2013. Newcastle upon Tyne, UK: Cambridge Scholars Publishing).

No era una novedad en su trayectoria. Juan Carlos amaba los libros, no sólo como lector y escritor apasionado: los amaba también como espacio propicio para el trabajo colectivo entre colegas y para promover nuevas investigaciones y nuevos investigadores. Cualquier repaso, aunque más no sea somero, de su prolífica producción historiográfica lo pone de manifiesto. Ya hemos mencionado la prolongada y fructífera tarea desarrollada junto a Juan Carlos Grosso. Pero no podemos pasar por alto otras evidencias de la misma práctica. Así, junto a Juan Marchena ofrecieron una renovada y actualizada visión de conjunto en los dos voluminosos tomos de su *América Latina. De los orígenes a la independencia* (2005. Barcelona: Crítica). Pero también al escribir artículos en colaboración con otros colegas, como Jorge Gelman, María del Rosario Prieto o su compañera de los últimos años Elisa Caselli, y a través del persistente impulso de compilaciones, algunas de las cuales constituyeron hitos en el desarrollo del conocimiento de algunas problemáticas: con José Luis Moreno, por ejemplo, compiló *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX* (1993. Buenos Aires: Cántaro); junto a Jorge Gelman y Blanca Zeberio, *Expansión capitalista y transformaciones regionales. Relaciones sociales y empresas agrarias en la Argentina del siglo XIX* (1999. Buenos Aires: La Colmena - UNICEN); con Raúl Fradkin, *En busca de un tiempo perdido. La economía de Buenos Aires en el país de la abundancia, 1750-1865* (2004. Buenos Aires: Prometeo); junto a Jean Frédéric Schaub, *Lois, justice, coutume. Amérique et Europe latines (16<sup>e</sup>-19<sup>e</sup> siècles)* (2005. París: Éditions de L'École des Hautes Études en Sciences Sociales); y con Jacques Poloni-Simard y Gilles Rivière, *Au miroir de l'anthropologie historique : mélanges offerts à Nathan Wachtel* (2014. Rennes: Presses Universitaires de Rennes). Conviene subrayar este atributo persistente y perdurable de su trayectoria: Juan Carlos demostraba que la tarea del historiador podía enriquecerse notablemente si se afrontaba como tarea colectiva y colaborativa.

Los que hemos podido escribir con él libros o artículos a cuatro manos sabemos y hemos podido compartir y ver –pese a su incesante tarea como investigador, docente y formador de historiadores– cómo se hizo del tiempo para escribir libros destinados a un público más amplio que el formado por los especialistas y estudiosos de la historia (con Raúl Fradkin, 1992. *Hombres y mujeres de la colonia*. Buenos Aires: Sudamericana; 2009. *La Argentina colonial. El Río de la Plata entre los siglos XVI y XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI; o Argentina. *La construcción nacional* (tomo 2 de J. Gelman (dir.), 2011. *América Latina en la Historia Contemporánea*. Lima: Taurus - Fundación MAPFRE).

Los que conocimos los esfuerzos que puso en juego para producir esos estudios no quisiéramos que fueran pasados por alto algunos aspectos que pueden escapársele

al lector desprevenido: cuando escribimos *Hombres y mujeres...*, Juan Carlos recorrió esos territorios para familiarizarse con sus ambientes; cuando estaba embarcado en la elaboración de *Pastores y labradores...*, no dejó archivo por explorar (no sólo el AGN sino también el Archivo Histórico de La Plata, el de Luján, o el de San Antonio de Arco), así como no faltaron las incursiones, que lo apasionaron, a la famosa hacienda de Figueroa o a la estancia de Negrete, por ejemplo. Lo mismo sucedió cuando se embarcó a estudiar la producción agraria mendocina y los múltiples viajes que hizo a La Plata, Santa Fe o Paraná para elaborar *Las disputas...* No había en ello sólo un placer personal: Juan Carlos estaba firmemente convencido de que conocer es un modo de querer la sociedad que se estudia. Y fue esa convicción la que lo llevó a recorrer también diversos países con los jóvenes doctorandos que integraron su último gran proyecto.

A nadie que haya seguido la prolífica obra de Juan Carlos como historiador y su rica trayectoria intelectual puede sorprenderle que, en sus últimos años, decidiera emprender otro enorme desafío, de esos que tanto le gustaban y le atraían. Y tampoco cuál fue su elección: tomar un tema clásico, mal conocido y poco estudiado para darlo vuelta por entero, sumergirse en archivos y fuentes desconocidas o abandonadas y convertirse, ¡en otra universidad!, en un dinamizador de su vida académica y de investigación. Así, se concentró en desentrañar la historia de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay y, tras ser reconocido en 2014 por el gobierno argentino de entonces con el premio Raíces por su contribución a relacionar el ámbito historiográfico argentino con el internacional, desarrolló un nuevo proyecto como investigador principal contratado del CONICET y eligió la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral (Santa Fe, Argentina) como su sede de trabajo. Y no pasó mucho tiempo para que organizara allí un seminario internacional, fruto del cual es su última compilación, que resultó ser lamentablemente póstuma (2017. *A 150 años de la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay*. Buenos Aires: Prometeo). Vista esta elección en perspectiva, puede advertirse que se había mantenido fiel a temas y problemas que lo atraían desde joven y que no había perdido el impulso y el entusiasmo que lo habían animado desde sus primeros pasos como historiador. Ahora estaba obsesionado en desentrañar y develar cómo la historia de esa guerra infame podía iluminar y ayudar a comprender de otro modo la historia del estado, de su fiscalidad, sus finanzas y sus fuerzas de guerra, pero sin perder de vista que era el drama social y humano el que debía conocerse, así como tan firme era su convicción de que las mitologías nacionalistas y las convenciones canónicas repetidas acriticamente sólo podrían ser puestas eficazmente en cuestión si a la voluntad se sumaba la exploración exhaustiva de los archivos y de sus fondos documentales. Un historiador cabal, ni más ni menos, obsesionado por los secretos conservados en los archivos y, al mismo tiempo, sensible a la historia y el presente de su país, de Latinoamérica, de su gente y su tiempo.

Es probable que haya sido por eso que eligió a los jóvenes como destinatarios primordiales de su libro *Una juventud en los años sesenta* (2015. Buenos Aires: Prometeo). Crónica, reflexión y confesión pública, este libro –bien lo sabemos– fue madurando

durante mucho tiempo y fue seguramente el que más le costó escribir, como nos lo dijo repetidas veces. En él el lector no encuentra un texto de autojustificación sino un examen de la propia vida de un gran historiador y de una persona intensamente comprometida con su presente durante sus años formativos.

Juan Carlos fue, además de un gran investigador, un maestro en el verdadero sentido de la palabra. Formó a legiones de jóvenes investigadores (sus colegas de la École des Hautes Études en Sciences Sociales recordaban por estos días que sólo allí dirigió unas cuarenta tesis doctorales y pueden también atestiguarlo los alumnos de sus cursos en la Universidad Internacional de Andalucía o los de la última camada del proyecto State Building...), muchos hoy reconocidos especialistas en los más diversos temas de historia latinoamericana, y forjó muchas herramientas para el desarrollo de la investigación histórica. Tanto en México, como hoy lo recuerdan sus exalumnos, como en Tandil o en París, donde dirigió, por ejemplo, el CERMA (Centre de Recherches sur les Mondes Américains) o la revista *Nuevo Mundo - Mundos Nuevos, Nouveaux Mondes - Mondes Nouveaux*, hoy tan conocida entre nosotros. Pero fue también un maestro para sus colegas, propiciando siempre el debate franco y abierto y suscitando múltiples sugerencias para sus trabajos. Aquellos que, como nosotros, tuvieron la suerte de leer sus infinitos borradores, de estar cerca de la cocina de sus estudios y de tener la 'obligación' de criticárselos pueden dar fe de su apertura y honestidad intelectual como de su inmensa generosidad. Los que lo trataron (amigos, colegas o estudiantes) lo saben bien. Los que no pudieron conocerlo personalmente tienen la ocasión de leerlo y podrán encontrar en sus textos innumerables sugerencias para definir un tema y un problema de investigación. Y les conviene prestarle atención porque Juan Carlos no sólo sabía elegir problemas significativos sino también encontrar el mejor modo para entrar en ellos. Porque Juan Carlos fue y seguirá siendo un generoso maestro de sus lectores, aun de aquellos que no comparten sus ideas.

Su fallecimiento significa una pérdida irreparable, una ausencia que lamentaremos mucho, porque además era un gran amigo, un irrefrenable y simpatiquísimo conversador, un cariñoso y siempre preocupado padre de unos hijos a los que adoraba (en un buen estilo '*idische mame*' que reivindicaba y había recibido en línea directa de su madre). Todos tenemos en la memoria decenas de anécdotas contadas con tanta gracia por Juan Carlos. Todas ellas nos seguirán acompañando, al igual que su obra, vastísima y fundamental para comprender el pasado de América Latina y de Argentina y tratar de entender su presente. Porque conocer puede ser también un modo de amar y él lo sabía y lo enseñaba no mediante discursos, sino por medio de una práctica tan intensa como prolongada y persistente.